

DEBAJO DE LAS ESTRELLAS

4

ROBERTO RUBIANO VARGAS



ROBERTO RUBIANO VARGAS  
CUENTOS



Rubiano Vargas, Roberto, 1952-

Roberto Rubiano Vargas: cuentos / Roberto Rubiano Vargas. -- Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2016.

220 p.; 21 cm. -- (Debajo de las estrellas)

ISBN 978-958-720-354-7

I. Cuento colombiano. I.Tít. II. Serie

C863 cd 21 ed.

R896

Universidad EAFIT – Biblioteca Luis Echavarría Villegas

Roberto Rubiano Vargas

*Cuentos*

Colección Debajo de las estrellas

a cargo de Juan Diego Mejía

Primera edición: agosto de 2016

© Roberto Rubiano Vargas

© Fondo Editorial Universidad EAFIT

Carrera 49 No.7 Sur-50

Tel. 261 95 23, Medellín

<http://www.eafit.edu.co/fondoeditorial>

Correo electrónico: [fonedit@eafit.edu.co](mailto:fonedit@eafit.edu.co)

ISBN: 978-958-720-354-7

Diseño y diagramación: Alina Giraldo Yepes

Imagen de carátula: *Naturaleza muerta*, (Detalle), Paul de Vos

Prohibida la reproducción total o parcial, por cualquier medio o con cualquier propósito, sin la autorización escrita de la editorial

Editado en Medellín, Colombia

# ÍNDICE

<i>(Entierro)</i> .....	7
El ungido.....	9
<i>(Latón)</i> .....	27
Un agente secreto en la Guerra de los Mil Días .....	29
<i>(Marcha)</i> .....	55
El policía, el poeta y el anarquista.....	57
<i>(Corbatas)</i> .....	75
El informe de Galves .....	77
<i>(Propagandas)</i> .....	103
Páginas de la novela policíaca de Juan Ramón Galves, salvadas por Edgard Solano en copia Xerox .....	105

<i>(Canicas)</i> .....	113
Las vacaciones de míster Rochester .....	115
<i>(Cordel)</i> .....	133
Tierra caliente.....	135
<i>(Teatro)</i> .....	151
La muñeca de ébano.....	153
<i>(Treinta y dos)</i> .....	173
<i>Peace and love</i> .....	175
<i>(Cultura)</i> .....	181
Arte poética .....	182
<i>(Sexo)</i> .....	203
El infierno en el cielo raso.....	205

## (ENTIERRO)

*Todavía no amanecía. El canto de los gallos y de los pájaros en los árboles se mezclaba con el entrecortado mugir de las vacas y el lejano relinchar de algún caballo.*

*Dos hombres caminaban entre los corrales del hato ganadero. El propietario y un peón con un pico y una pala. Después de caminar un rato se detuvieron junto a un árbol frondoso. El ganadero señaló un lugar.*

*—Este es el lugar exacto —dijo.*

*El peón se remangó la camisa y comenzó a cavar. Mientras lo hacía el sol apareció entre las nubes. El ganado mugía con mayor intensidad. El ganadero miraba con impaciencia a medida que el agujero crecía; finalmente, la pala golpeó un objeto metálico.*

*—Allí están —dijo el peón—, en el mismo lugar que las dejamos hace ocho años. Listas para empezar otra guerra.*

*El ganadero refunfuñó. Esperó a que el peón terminara su tarea. Este sacó un bulto y lo puso junto al agujero de tierra excavada. Con un*

*cuchillo cortó el yute que lo envolvía y al hacerlo surgió una barra de metal oxidado. El ganadero revisó el contenido con gesto de alarma.*

*El sol había surcado la mitad de la bóveda celeste cuando terminaron de abrir el último paquete sobre la tierra húmeda. En el piso había varias docenas de fusiles de diversa procedencia. Escopetas artesanales, fusiles robados al ejército regular e incluso alguno que había estado en la guerra de Independencia. Lo único que los emparejaba era el óxido. El ganadero los revisó uno por uno. Las culatas de madera se desmoronaban por la podredumbre, los gatillos oxidados se rompían al apretarlos. Al final de la mañana lo único que había sobre el piso era un montón de chatarra oxidada. El ganadero revisó el último fusil.*

*—Con esto, lo único claro es que esta guerra la perdimos antes de declararla —dijo con amargura. Escupió en el piso y arrojó el pedazo de fierro sobre el montón.*

## EL UNGIDO

El teniente Beltrán bajó de su caballo frente al rancho de adobe y palma. No muy lejos ardía una pequeña sementera de maíz. Observó los cuerpos caídos frente a la puerta. Le parecieron irreales, solo un remedo de lo que fueron un hombre y una mujer; alguien más había caído en el cobertizo que servía de cocina, donde también ardía el fuego y llegaba un olor a maíz quemado. Más allá, cerca del sembrado, estaba otro cuerpo apenas perceptible entre los tallos chamuscados de las plantas.

Los dos reclutas que lo escoltaban se habían quedado montados en las mulas, con el fusil cruzado sobre el lomo. Miraban la escena con total desinterés. En el calor metálico de la mañana lo único que se escuchaba era el zumbir de los zancudos.

El teniente Beltrán se puso en cuclillas y revisó el piso de tierra. No tuvo que esforzarse para darse cuenta de que las ruedas del carromato estaban esculpidas en la tierra cuarteada y estarían allí durante varios días más si no llovía.

Se acercó al cuerpo que estaba atravesado a la entrada del rancho. Le abrió la manta que vestía. Era un hombre de piel quemada por el sol y con el corte de pelo propio de los indígenas de la región. Tenía una cruz trazada sobre el corazón y dos agujeros de bala que ya no sangraban. Con eso le bastó para comprobar que sus sospechas eran ciertas, que todo esto había sido obra de Jonás, el hombre que buscaba desde hacía tanto tiempo.

—Este es el padre —dijo disimulando su ansiedad—. Cárdenas, ayúdeme a moverlo para poder entrar.

Uno de los reclutas, con actitud perezosa, bajó de la mula y se acercó. Observó las heridas con gesto distante.

—Está marcado. No deberíamos tocarlo.

—No diga pendejadas —dijo el teniente Beltrán, molesto con su subordinado—. Se ve que trató de defenderse. Hay una lanza manchada de sangre.

El recluta Cárdenas movió el cuerpo con la punta de la alpargata, casi con asco. El teniente hizo un gesto descalificador por las maneras del hombre y entró al interior del rancho. Había dos camastros y en el piso mantas de algodón arrastradas como si las personas que dormían allí se hubieran aferrado a ellas con desesperación. Después de una rápida mirada imaginó la escena: las niñas gritando, los soldados disparando, el hombre de la serpiente apoderándose de ellas.

—No deben ir ni a una hora de camino. Podemos alcanzarlos —murmuró más para sí mismo que para sus subalternos, mientras salía otra vez a la luz del sol. Sintiendo que sus latidos aumentaban de frecuencia.

—Pero, teniente —dijo el otro recluta que continuaba en la mula, un hombre de apellido Hurtado—, esta zona es de los godos. Por aquí solo mandan ellos. Si nos agarran, nos cortan el pescuezo sin más.

—Por eso estamos sin uniforme o usted cree que somos tan pendejos.

—Igual nos matan si no nos vamos pronto de aquí —dijo Cárdenas bregando a subirse a la mula— y nos tallan una cruz con un cuchillo.

El teniente se molestó. Subió a su montura y la hizo corcovar poniéndola en dirección a las huellas del carromato.

—Si alguno intenta devolverse, le pego un balazo —dijo con decisión tocando con la palma de la mano el revólver que llevaba a la cintura.

Los dos reclutas encajaron las palabras de su superior con recelo. Cada uno apretó el fusil que llevaba terciado sobre la montura de la mula. Eran Malincher de cinco tiros. Muy precisos, recién llegados a la guerrilla liberal y enviados desde Ecuador por el general Eloy Alfaro. El teniente acarició la culata de su Malincher, que iba en su estuche colgado de la silla de montar, como indicándoles que él también sabía usarlo. Sin embargo no había problema, los dos reclutas sabían que dependían del teniente Beltrán para salir de allí y no podían oponerse a él. Entonces Hurtado, en tono conciliador, preguntó:

—Disculpe, mi teniente, pero ¿por qué es tan importante que agarremos al tipo que mató a esta familia?

Beltrán se acomodó en la silla y le respondió.

—Porque tiene a las gemelas Sinclair. Por eso.

—¿Quiénes? —preguntó Cárdenas.

—Las hijas del oficial inglés para el que yo trabajaba en los yacimientos del bajo Cauca.

—¿Y nosotros qué tenemos que ver en eso? Las gemelas son de mala suerte —dijo Cárdenas supersticioso.

—Esas son habladurías. Y además, el papá de esas niñas es el que está pagando su sobresueldo.

—Pero usted nos reclutó para una exploración no para un rescate.

—¿Hubieran venido de haber sabido que veníamos hasta acá?

Los dos reclutas se miraron.

—Nos hubieran fusilado si no.

—Entonces todo fue mejor. Además, hay paga doble para ustedes si las encontramos.

Cárdenas y Hurtado volvieron a mirarse entre sí con un gesto de conformismo.

—Y esas niñas, ¿qué hacían por acá?

—Estaban en una hacienda esperando al papá y fueron secuestradas por Jonás. No sabemos cómo, pero se pudieron escapar y lograron llegar hasta donde esta familia de indios. Desde aquí buscaron auxilio. Este hombre salió a avisar y ahí fue cuando me contactaron a mí. Ya venía por ellas cuando Jonás se me adelantó.

—¿El santo Jonás está metido en esto? —preguntó Cárdenas señalando los cadáveres de los indígenas—. De haber sabido...

—De haber sabido, ¿qué? ¿No hubiera venido?

—Prefiero un consejo de guerra que enfrentarme a Jonás. Mire lo que le hace a la gente. Ese tipo tiene pacto con el mismísimo patas... es inmortal...

Beltrán percibió el humo de la sementera ardiendo a sus espaldas, como si fuera el fuego del infierno. Imaginó a Jonás caminando por entre las llamas, como un ser sobrenatural, pero de inmediato el odio que le tenía borró la imagen de su mente. No quería darle ningún atributo superior a ese hombre.

—Usted disculpe a mi amigo Cárdenas que le tiene miedo a las brujerías —dijo el recluta Hurtado—, yo sí no creo en esas vainas.

—Menos mal, porque si no estaríamos jodidos —comentó Beltrán observando las huellas sobre las que caminaban con lentitud.

—Ustedes no saben el poder que tiene un hombre rezado —insistió Cárdenas.

El teniente Beltrán escupió en el piso por toda respuesta. Entonces Hurtado intervino en apoyo de su compañero.

—La verdad es que cuando estuvimos en el ejército del gobierno muchos soldados tenían escapularios benditos por el papa Pío Nono. Se supone que los protegen de las balas.

Beltrán se rio por lo bajo. Recordó el aspecto de ese talismán, muy usado por el ejército católico del gobierno. Eran unos escapularios con la imagen del papa por un lado y el nombre Pío Nono por el otro.

—¿Ustedes no saben lo que dicen de esos escapularios? —comentó Beltrán con ironía. Cárdenas y Hurtado negaron con la cabeza—. Que la bala les entra por el Pío y les sale por el Nono.

Cárdenas no celebró el chiste, Hurtado no lo entendió del todo.

—Pero fíjese que en la guerrilla de don Crispín Reyes también hay creencias —argumentó Cárdenas.

—La superstición no tiene partido —repuso despectivo el teniente.

A Cárdenas no le importó la opinión de su jefe y continuó.

—Dicen que antes de entrar en combate los guerrilleros rezan tres oraciones. La oración de la araña, que permite cruzar los ríos sin riesgo de ahogarse; la oración al Espíritu Santo, que les da agilidad para trepar a los árboles; y la

oración del perro negro, que les permite transformarse en cualquier animal. Pero este rezo es muy peligroso porque uno se vuelve perezoso y puede terminar transformado para siempre en animal.

—Esas son estupideces —dijo Beltrán como todo comentario.

Comenzaba apenas a acostumbrarse a sus reclutas. Cárdenas era supersticioso como la mayoría de campesinos y Hurtado tan indiferente que ni los fantasmas lo asustaban. Habían sido los únicos candidatos disponibles cuando el coronel Sinclair vino a pedir ayuda para buscar a sus hijas. Así que hizo un esfuerzo y explicó:

—Ese tipo, Jonás, no es inmortal. Solo es un asesino. Hace esas marcas en los cadáveres para asustar a bobos como ustedes. A esta familia la mató por castigo, por haber protegido a las gemelas. O simplemente porque eran indios. Porque todavía hay gente que cree que los indios no son humanos, que no tienen alma.

El olor a maíz quemado llegó con más fuerza a sus narices.

—Entonces usted sí cree en el alma —dijo Hurtado interesándose en la conversación de sus compañeros de viaje—, a pesar de que dicen que es ateo y masón.

—No sea ridículo. Lo digo por decir. El asunto es que debemos encontrar a esas niñas y en eso debemos concentrarnos —recalcó Beltrán—, lo demás son pendejadas. Pero, y sí, sí soy ateo, masón no, por ahora.

Cárdenas y Hurtado volvieron a mirarse con resignación y siguieron adelante. Mientras tanto Beltrán se adelantó en su caballo. Ellos sabían que él conocía bien la región.

Hacia años había trabajado en los yacimientos de oro de los afluentes del río Cauca, cuando los ingleses habían llegado a explotar los minerales del territorio recién descubierto. Beltrán era baquiano en el terreno y se los había demostrado en los últimos dos días de marcha. Así que decidieron seguir con él más por sentido de sobrevivencia que por disciplina militar.

No se detuvieron en toda la tarde. Los reclutas compartieron una arepa de maíz sin bajar de sus monturas. Ni siquiera cuando pidieron permiso para orinar el teniente se detuvo. Tuvieron que hacerlo a la carrera y volver a las mulas antes de que el otro se alejara demasiado. De cuando en cuando Beltrán observaba las huellas sobre el lodo seco. El trazo de las ruedas era perfectamente visible. También, en mayor medida, comenzaban a aparecer las marcas de cascos de caballos. De varios caballos. Y eso no le gustaba.

—Menos mal que el tipo no se desprende de su carreta. Por aquí no hay muchos caminos que pueda transitar con ese carretón, así que será fácil seguirlo.

—Seguirlo es fácil. El problema es que está acompañado por muchos tipos —comentó Cárdenas.

—Y mañana serán más. Por eso debemos alcanzarlo antes de que llegue a un batallón. Seguro va a hacer una de esas ceremonias para proteger a los godos —dijo Beltrán, que sabía perfectamente que el llamado santo Jonás vivía de explotar la credulidad de los militares ignorantes. Cada uno le pagaba por el rezo de protección y él iba de batallón en batallón aprovechándose de todos, haciendo sacrificios humanos. Rituales como el de matar gemelas para regar con su sangre las cabezas de algunos elegidos.

—Teniente, ¿y desde cuándo conoce a ese tipo? —preguntó Hurtado.

Beltrán se quedó pensando un rato como si el recuerdo le molestara.

—Desde la guerra de 1895. Ahí me lo crucé por primera vez.

—Entonces ya le sabe las mañas.

Beltrán meditó su respuesta.

—Puede decirse que sí.

El teniente Beltrán estaba a las órdenes del comando central de la revolución liberal, era un oficial con aspecto distinguido, se vestía mejor que los demás oficiales de servicio. A veces parecía uno de esos exploradores europeos que desde mediados del siglo XIX recorrían el país en busca de negocios para sus gobiernos. Era un tiempo en el que había posibilidades de explotar yacimientos auríferos. En los campamentos militares se hablaba de construir ferrocarriles. Había una buena atmósfera para los negocios pese a que la vida era simplemente ese espacio que había entre la guerra civil que había terminado y la guerra civil que iba a comenzar.

Beltrán había estado en guerra desde hacía cinco años. Era conocido por su temeraria personalidad y por los desplantes a la vida que era capaz de cometer en cualquier batalla, esos retos que se imponían los soldados. Enfrentar al enemigo en inferioridad de condiciones. Salir gritando con el machete en la mano. Retar a la muerte o ser la muerte misma. Combatir cuerpo a cuerpo, con machete o con pistola, arriesgarse allí donde nadie más lo hacía. Cabalgar contra sus oponentes para espantarlos. Hacía estos desplantes porque en realidad no temía morir. Y entre más se

arriesgaba, cada vez le resultaba más fácil sobrevivir. Como si estuviera en un estado de gracia que lo hiciera inmune a las balas.

En realidad la guerra para él simplemente era una manera de perseguir al odiado encantador de serpientes. Por eso se enlistaba una y otra vez cada vez que los caudillos se levantaban para ir a combatir al gobierno. No le interesaba la política o la justicia, solo la venganza.

No le tenía mayor respeto a esos levantamientos armados en los que los combatientes ya no sabían muy bien a cuál señor servían. De hecho, Cárdenas y Hurtado habían sido reclutados por el ejército del gobierno y muy pronto habían desertado para unirse a las filas rebeldes. Eran integrantes de la guerrilla liberal del general Crispín Reyes, que por esos días acampaba cerca del comando de Beltrán. Pero no vestían ningún uniforme, los llevaban en las alforjas que colgaban de la grupa de sus cabalgaduras.

Después de otro par de horas de marcha el teniente Beltrán hizo una señal con la mano para que se detuvieran. Se empinó sobre los estribos para escuchar con más claridad. Descabalgó y amarró su caballo a un árbol, extrajo el Malincher de su funda y se adelantó algunos pasos con sigilo. Los dos reclutas amarraron sus monturas y lo siguieron en silencio. Encontraron un pequeño alto desde donde podían observar un camino que bajaba por una pequeña cuesta. En la hondonada que se formaba había un pozo de agua y una cañada que alimentaba al pozo. Era un buen lugar, con mucho sombrío que protegía del calor fatigante de la región. Junto al pozo estaba el carretón.

El teniente Beltrán contó cuantos hombres armaban el campamento.

—Hay quince —susurró.

—Diecisiete —lo corrigió Cárdenas señalando a otros dos soldados que salieron de los matorrales amarrándose los pantalones—, no es tan fácil.

Beltrán no añadió nada más. Estaba alterado. Su respiración era anhelante. Miraba con atención el carretón alrededor del cual habían levantado el campamento improvisado. Junto al vehículo estaba Jonás, el rezandero. El hombre que estaba buscando desde hacía cinco años.

Era una figura voluminosa. En todo caso más grande y notoria que los soldados que lo acompañaban, pensó Beltrán. Calculó que en un enfrentamiento cuerpo a cuerpo, en un combate al estilo napoleónico, soldado contra soldado, sería un oponente terrible.

—Fíjese en la caja —le dijo Beltrán a Cárdenas entregándole el catalejo.

Cárdenas enfocó la caja de madera que estaba a los pies del monstruo. A su lado estaba uno de los militares, inmóvil, con el brazo vendado con un trapo.

—Ese fue el del lanzazo —dijo Cárdenas en susurros.

—¿No se supone que los rezos los protegen de las armas? —se burló el teniente Beltrán guardando en los bolsillos de la camisa dos peines de cinco tiros para el fusil.

—Solo protegen de las balas —murmuró Cárdenas—, no de las acometidas de lanza.

—Puras supersticiones de los godos —susurró Beltrán—. Si les entra lanza, también les entra bala.

Observaba con cierta fascinación el baúl que el tipo había sacado de la carreta. Algunos hombres observaban sus movimientos. Jonás hablaba pero Beltrán no podía escuchar sus palabras. Solo veía su gesticulación. Parecía un

comerciante de feria ante su público al cual le estuviera vendiendo medicina de origen natural. Entonces vio como se agachaba, abría el baúl y sacaba una enorme serpiente. “Parece una pitón”, murmuró Beltrán que no era experto en animales. Era una serpiente, en todo caso, muy grande, que Jonás puso entre sus brazos sin soltar la cabeza que apretaba con su mano gigantesca. Beltrán continuó observando tan hipnotizado por el animal como los otros hombres del campamento.

—¿Qué hace? —preguntó Hurtado.

—Está exhibiendo la culebra —dijo Beltrán algo nervioso por la idea de que tenía a tiro de fusil al hombre que había estado persiguiendo por los caminos de la guerra desde hacía varios años.

—Está rezando a los hombres para que no les suceda nada si entran en batalla —aclaró Cárdenas.

—¿Y las niñas dónde podrán estar? —preguntó Hurtado.

Beltrán dio otra mirada al campamento. Observó la fogata donde asaban un animal, seguramente una cabra robada a los indios. Vio los fusiles colocados en cruz, los modestos equipajes de los guerreros y lo único que había en el centro del campamento era la carreta.

—Ahí deben estar.

Entonces, como si lo hubieran escuchado, el hombre dejó la serpiente y abrió las puertas del carretón. A través del catalejo Beltrán observó el interior del vehículo. Asustadas, las dos niñas Sinclair se abrazaban y lloraban aterrorizadas; a Beltrán le impresionaron sus gestos de miedo y angustia. Empuñó con decisión su Malincher, un acto que no pasó desapercibido al recluta Cárdenas.

—Ni se le ocurra, mi teniente —dijo este—. Nos pueden matar a los tres antes de que usted haga su segundo disparo.

Beltrán entonces miró a su subordinado con soberbia; pero también entendió que el riesgo era alto. Por tanto, concluyó que Cárdenas tenía algo de derecho al pedirle que no hiciera nada.

—Tenemos ventajas —condescendió Beltrán señalando el Malincher, en busca de argumentos a favor del ataque—. Nosotros tenemos esto y por lo que veo ellos solo tienen Gras y con esos no nos dan pelea. Ustedes saben que las balas de nuestros fusiles explotan al enemigo por dentro.

—No sé. Nunca hemos combatido con estos fierros —dijo Hurtado—. Es la primera vez que nos dan uno.

—Ellos están rezados —dijo Cárdenas remolón—, son intocables.

Beltrán lo miró molesto ante su simpleza de carácter.

—Cuidado, Cárdenas, que no llevemos puesto el uniforme no significa que usted pueda desobedecer mis órdenes.

Cárdenas se quedó callado y buscó el apoyo de Hurtado. Ninguno de los dos entendía esa obsesión del teniente Beltrán por capturar a Jonás, incluso arriesgando su propia vida.

—Con estos fusiles se combate mejor —volvió Beltrán. Pero esta vez no era condescendiente sino decidido. Desplegó la mira de larga distancia.

—La verdad es que la primera vez que disparé un Gras casi me arranca el hombro, cada bala pesa cuarenta y cinco gramos, es como un ladrillo —aceptó Hurtado hablando en susurros—. Me dejó sentado en el piso y el tiro fue a dar a

cualquier parte. Esos tipos de allá abajo tampoco se ven tan fuertes para tener precisión. Para completar, uno queda envuelto en una nube de pólvora y no se sabe si dio en el blanco.

Hurtado miró una vez más al grupo de hombres que rodeaban al brujo y añadió:

—Tal vez podríamos...

—Por otro lado—dijo Beltrán subrayando los hechos que tenían a su favor—, mientras ellos hacen un tiro y recargan nosotros hacemos cinco.

Mientras la conversación se desarrollaba en susurros, parapetados entre los arbustos y el montículo de tierra, Beltrán terminó de calibrar la mira de su fusil. La ajustó para la distancia de ciento cincuenta metros. Era una oportunidad única y no estaba dispuesto a dejarla pasar. Se había arriesgado sin sentido muchas veces. En cambio ahora tenía una razón que lo justificaba.

—Mejor vayamos a buscar apoyo—sugirió desesperado Cárdenas.

Beltrán, por toda respuesta, levantó su rifle y apuntó. Hizo un solo disparo limpio que hizo caer a Jonás al piso con la serpiente envuelta en sus brazos. Cárdenas y Hurtado quedaron helados al ver que ese desplante los dejaba expuestos al fuego enemigo.

—¿Por qué hizo eso?—murmuró Cárdenas—. Ahora nos van a perseguir hasta matarnos.

Por toda respuesta y reafirmando su acción, Beltrán se puso de pie y comenzó a avanzar mientras rastrillaba el rifle. Entonces sus dos subordinados se parapetaron en el montículo para protegerse. Abajo comenzaron los

disparos de Gras y las nubes de pólvora que envolvían a los tiradores.

Los cuatro soldados que rodeaban a Jonás, al verlo caer herido al piso, recogieron sus fusiles y comenzaron a responder sin entender muy bien desde dónde los atacaban. Un momento después se dieron cuenta de que Beltrán se acercaba a ellos disparando, entonces trataron de apuntar mejor. El teniente Beltrán confirmó que lo dicho por Hurtado acerca del retroceso de los Gras era cierto. Los soldados que le disparaban casi quedaban sentados en el piso por la fuerza de la descarga, envueltos en una nube de pólvora, y las balas pasaban sobre su cabeza, lejos. Tal cual.

Siguió avanzando hacia el campamento. Hizo otro disparo y le dio a uno de los soldados, rastrilló y volvió a disparar, otro cayó. Aparecieron entonces algunos de los que estaban fuera de su vista. Venían con sus fusiles. Vio que le apuntaban. Sintió que alguna bala le rozó en alguna parte del cuerpo pero siguió avanzando como un húsar napoleónico retando a la muerte. Cambió el peine de carga y puso otros cinco tiros. Entonces volvió a disparar y el soldado que le había disparado cayó. En ese momento escuchó disparos a su espalda, Hurtado y Cárdenas por fin entraban en combate. Dos más cayeron. Los que quedaban en pie, al notar que les disparaban desde varios puntos y al descubrir que Jonás había caído huyeron en dirección contraria.

Pronto del campamento solo quedó el fuego humeante, el carretón, los caballos enjaezados y algunos cadáveres. Un soldado herido daba alaridos de dolor. Jonás yacía en el piso con los dientes apretados por la furia y la serpiente a

su lado, indiferente e inexpresiva. Cuando llegó junto a él, Beltrán se dio cuenta de que era un hombre que todavía inspiraba miedo. Era la primera vez que se le había acercado tanto.

—Usted —dijo Jonás—. Solo podía ser usted.

—Me alegra que sepa quién soy.

El rezandero se revolcó sobre la tierra ante un estremecimiento de la herida. Se agarró el estómago donde había una mancha de sangre que se expandía. Sin embargo aún parecía demasiado fuerte, pensó Beltrán; estaba seguro de que si Jonás pudiera levantarse podría matarlo con sus manos desnudas.

La serpiente se había deslizado sobre la hierba y se encaminaba hacia el pozo de agua. Jonás resopló. Beltrán, entonces, tomó su revólver de la pretina.

—Esto es por mis hijas —dijo haciendo dos disparos, uno en cada una de las piernas del hombre caído.

Jonás apenas si reaccionó. Continuó apretando los dientes, como si las balas no hubieran roto su carne ni desbocado su sangre.

—Con eso no las va a traer de regreso.

—No —dijo Beltrán—, por eso este va por cuenta mía.

Levantó el Malincher y le apuntó directo a la cabeza a no más de medio metro de distancia. Jonás miró con curiosidad la boca del cañón del rifle, como si le pareciera sorprendente la bocanada de muerte que estaba a punto de salir por ella.

La cabeza de Jonás se abrió completamente. Beltrán sintió que la sangre del rezandero le salpicaba en la cara y en la ropa, pero no le importó. Observó los estragos del

disparo. Era cierto lo que decían de la bala del Malincher, que es macabra. Se mueve dentro del cuerpo de su víctima y la destroza. Tal vez por pensar en eso no dimensionó que su vida había terminado al mismo tiempo que la de su enemigo. Se sintió vacío. A partir de ese momento ya no tenía razón para seguir viviendo.

Hurtado y Cárdenas, temerosos, se acercaron; venían con los fusiles listos. Cárdenas miró el cuerpo destrozado de Jonás y luego a Beltrán, y su mancha de sangre en la frente, como una cruz de miércoles de ceniza

—¿Lo hirieron, teniente? —dijo Cárdenas señalándole la frente.

Beltrán se palpó.

—No. Esa sangre es de Jonás —dijo limpiándose con un pañuelo.

Cárdenas parecía maravillado.

—Ahora usted está rezado. Ahora es inmortal.

Beltrán se encogió de hombros.

—Me importa un culo. ¿Inmortal como ese que están en el piso? —dijo señalando el cadáver destrozado del rezadero—. Ahora tenemos que movernos, los otros soldados volverán cuando les pase el susto, se van a reagrupar y se van a dar cuenta de que somos menos que ellos.

Los dos reclutas obedecieron, abrieron la carpa y encontraron a las dos gemelas. Su pelo claro color de paja estaba sucio por los largos días en cautiverio y apenas si eran reconocibles. Cárdenas trató de sacarlas pero las niñas se negaron. Temblaban y se aferraban a las barandas para que no las bajaran del carretón, Beltrán se dirigió a ellas en inglés. Entonces las niñas se tranquilizaron y se acercaron. Beltrán las bajó del carruaje.

—¿Qué les dijo?, jefe.

—Que me envió su papá, el coronel Sinclair.

—Usted parece un brujo, de verdad.

Beltrán no dijo nada. Desenganchó un caballo, le puso un saco de yute a manera de silla y fabricó una brida con un lazo. Subió a las niñas al animal, dio la espalda al campamento y comenzó a retirarse, las niñas se mecían mientras el percherón caminaba con pesadez. Cárdenas y Hurtado se le unieron, pero antes de retirarse Cárdenas se untó un poco de la sangre de Jonás en su frente. Hurtado, aunque sin saber muy bien por qué, hizo lo mismo.

El primer disparo de Gras pegó lejos de ellos antes de que terminaran de trepar al alto donde estaban sus cabalgaduras. Beltrán lo pudo ver porque levantó mucha tierra y astillas de la vegetación. Supo que le tocaría volver a retar a la muerte.

—Llévense a las gemelas. Me responden con sus vidas.

Los reclutas tiraron del percherón y se refugiaron en el alto. Entonces Beltrán enfrentó a sus atacantes. Comenzó a disparar. Metódico, empleando cada uno de sus cinco tiros. Sabía, de una manera extraña, que ahora lo podían matar en cualquier momento. Que ese estado de gracia en el que había combatido y que lo había hecho inmune a las heridas había desaparecido con la muerte de su enemigo. Que ese soldado de aspecto fortachón que le apuntaba con su fusil Gras podía ser el que le impactara en el pecho con esa bala de cuarenta y cinco gramos, que lo tiraría al suelo con violencia. Que...